

# REPLICA A UN DISCURSO

A CONTINUACION VAMOS A DAR UNA BREVE REPLICA A AQUELLOS PARRAFOS MAS DESTACADOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN MADRID, MR. CARLTON J. H. HAYES.

Una de las afirmaciones del Embajador fué el que ningún país entra en una guerra de tal magnitud como la actual sin tener algún poderoso motivo que le empuje a ello.

¡Concedido! El "motivo poderoso" que ha empujado a Roosevelt es—esto lo decimos nosotros, pero se lo calló el Embajador—el abrir el "siglo norteamericano", dar un paso más hacia ese soñado predominio yanqui en todo el mundo, hacia esa desenfrenada hegemonía norteamericana tantas veces proclamada.

"Nosotros no ambicionamos—dijo textualmente Hayes—ninguna expansión de nuestro territorio nacional. Nosotros no luchamos por la conquista."

Pero lo que no dijo el Embajador es que hoy hay muchas maneras de dominar un país, sin necesidad de conquistarlo a la antigua usanza. Hoy existe una especie de imperialismo de cuño especial, que se llama "el imperialismo del dólar", y de cuyos afanes de conquista y expansión mucho tendrían que decir algunas Repúblicas hispano-americanas. Este evidente imperialismo judío-plutocrático de los norteamericanos aniquila y devora todo lo que va encontrando a su paso.

El "hueso" de Cuba y Filipinas—ese desgraciado recuerdo de 1898—se lo quita de encima el Embajador achacándose tranquilamente a las conciencias de sus antepasados. Pero no está tan lejos el tiempo en que nos fueron robadas con brutalidad y artes diabólicas aquellas tierras que en justicia nos pertenecían. Aunque nosotros no dudamos que el señor Embajador de los Estados Unidos es personalmente un intachable caballero, con excelentes prendas individuales y hasta un perfecto idealista, sus compatriotas, y principalmente aque-



llos que manejan el tinglado de la Wallstreet, no son precisamente "los Quijotes del siglo XX", como él dice. En este punto se encuentra en un grave error. Ni siquiera podría llamárseles los Sancho Panzas.

Luego continúa el Embajador: "No pretendemos imponer una especial forma de gobierno en ninguna nación."

¡El Eje tampoco! Entre las potencias firmantes del Pacto Tripartito las hay que son Monarquías, como Italia, Rumania y Bulgaria mientras otras son Repúblicas, como la de Eslovaquia, cuyo Jefe del Estado es un sacerdote católico. Naturalmente, la forma de Estado preeminente es la totalitaria, pero también la hay parlamentaria, y, por último, una República de estilo liberal, la heroica Finlandia, cuyos combatientes han sido de los primeros en alistarse a las filas de la Nueva Europa.

Hasta ahora, pues, no nos ha convencido con sus argumentos el señor Embajador. Pero aun nos convence menos cuando habla del no comunismo de los anglosajones y de sus satélites. Es cierto que estos países no están bolchevizados, y que más bien hay que calificarlos de capitalistas, como el mismo Embajador dice de los Estados Unidos. Son, sin embargo, Estados demócratas, y la democracia es, como se sabe, el primer escalón hacia el marxismo, del cual, tarde o temprano, se llega fatalmente al comunismo. Por otra parte, el capitalismo exagerado en nuestros tiempos de industrialización es el vivero de las más terribles tendencias subversivas, ya que está cimentado en la injusticia social y da lugar a miserias sin cuento. La plutocracia y el marxismo son dos ramas de un mismo árbol.

¿Y qué decir de aquella afirmación del Embajador de que "es muy exiguo el número de comunistas y simpatizantes del comunismo en las naciones unidas"? ¡No tan exiguo! Stalin exige cada vez más, el Komintern trabaja incansable, se han abierto las cárceles, se han restablecido o fortalecido las relaciones con la U. R. S. S., y los resultados están a la vista. Esto no es más que el comienzo... Más adelante veremos peores cosas.

No queremos polemizar contra los reproches y acusaciones que lanzó Mr. Hayes contra las potencias del Eje, porque no nos incumbe su defensa. Sólo diremos que fué Inglaterra la que declaró la guerra al III Reich, con lo que dió comienzo la gran tragedia de la actual conflagración mundial. La guerra contra Polonia no hubiera estallado si detrás de los políticos de Varsovia no hubieran estado los Emba-



jadores de Londres, París y Wáshington. Ni Alemania ni Italia han pedido, ni piden, un sólo centímetro cuadrado de territorio anglosajón, ni amenazaron nunca a los Estados Unidos.

Y vamos a examinar ahora brevemente los proyectos de felicidad futura para todos los países, para el mundo entero, para el género humano.

Ciertamente que, a este respecto, fueron muy bellas las palabras pronunciadas por el señor Embajador. Quisiéramos creerlas y tal vez las creeríamos si Versalles no nos viniera al recuerdo. En aquel entonces los mismos Estados de ahora, con contadas excepciones, y a su cabeza los anglosajones, tuvieron en sus manos el destino de la humanidad. ¿Qué hicieron de su victoria? Lo mismo que harían si venciesen ahora, o mejor dicho, lo de ahora nos consta que sería mucho peor.

Y, para terminar, hablemos de la alianza que une a Inglaterra y a los Estados Unidos con el bolchevismo. Como ellos mismos lo proclaman, es ésta una alianza a vida o muerte.

Recalcó el señor Embajador—haciendo referencia expresa a España—que las consecuencias de una victoria aliada no serían tan catastróficas como las pinta “la propaganda de falsedades del Eje”. Pues bien, no se trata de la propaganda del Eje, que si bien habla de este asunto, no necesitamos referirnos a ella. Somos nosotros mismos los que sabemos lo que ocurriría, y lo decimos bien alto para todo aquel que quiera oírlo, y aun para los que no quieran, con todo el derecho que nos asiste por los crueles sufrimientos padecidos de 1936 a 1939. Aquí el Frente Popular francés envió los primeros aviones y la U. R. S. S. los primeros tanques.

Y para hablar de cosas actuales y concretas: ¿Dónde están los emigrados rojos? ¿Dónde están Negrín y sus cómplices? ¿Dónde organiza Miaja su División de combatientes rojos? Y ¿dónde están los que anegarían en un mar de sangre a toda España?

Pues, desde luego, no están en Alemania.

Y no se figure el señor Embajador que serían las tropas yanquis o las británicas, y menos las de sus otros aliados, las que impedirían—caso de quererlo en serio, lo que ponemos en duda—la marcha triunfal y epantosa del ejército bolchevique, sediento de venganza, a través de toda Europa. Nadie podría impedir esa catástrofe apocalíptica que, finalmente, devoraría a los mismos que la desencadena-



ron, es decir, a los fieles aliados y entrañables amigos de esa admirada U. R. S. S., a la que estimulan y halagan y a la que proveen de aviones, de tanques, de cañones, de fusiles y de municiones.

Más de una tumba, tras las líneas de nuestra gloriosa División Azul, sabría decir algo de la eficacia de estas armas. Y si los sepulcros no hablan, deben hacerlo los que perdieron a un ser querido, ahora o en nuestra guerra, y deben hablar aquellos que irremisiblemente caerían bajo el plomo asesino, caso de vencer los bolcheviques y sus amigos.

Solemnemente declaramos: No nos fiamos de las democracias. No queremos saber nada de los que ayudan a nuestros más feroces enemigos.

Allá ellos con lo suyo, con sus derrotas y esperanzas, con sus promesas y amenazas. Nosotros preferimos quedarnos aquí con lo nuestro, conscientes y orgullosos del triunfo obtenido sobre el comunismo en nuestro propio suelo, con nuestra plena confianza en el Caudillo, con una inquebrantable fe en el futuro que nosotros mismos nos labramos.

El discurso de Mr. Hayes, Embajador de los Estados Unidos en Madrid, podría haber hecho fortuna en cualquier parte, menos en España.